



Con pocos espejitos de colores, tierras a montones

Carlos Marcelo Andelique
Mariela Coudannes
Ramón Elías
Rosa García
Paula Ramírez
Jorge Sartor

lahistoriaengarabatos@yahoo.com.ar

Los autores son docentes, graduados y alumnos de la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL. Forman parte del Proyecto de Extensión de Cátedra “Sin tabúes, héroes y mitos: una mirada a la Historia Argentina desde la narrativa gráfica”, dirigido por la Prof. Esther S. Pavetto.

Con cargo de conciencia por tantas generaciones sometidas al “aburricidio” histórico, decidieron “poner las barbas en remojo”, guiados por el lema de Horacio: “¿Qué impide decir la verdad riendo?”. He aquí lo que hasta el momento lograron...

Hasta el jueves 11 de octubre de 1492, en este lugar del mundo que luego se llamó América vivían cerca de 80.000.000 de habitantes agrupados en una gran diversidad de sociedades.

Mientras los tehuelches perseguían ñandúes en la Patagonia y los yámanas y alakalufes pescaban en los canales helados del archipiélago fueguino, los Incas construían terrazas de cultivo con las que abastecerían a la numerosa población de su Imperio. Mientras los aztecas ajustaban la maquinaria militar de su Imperio guerrero, los sioux perseguían búfalos en las praderas de Norteamérica. El pueblo maya, que había alcanzado su esplendor en el siglo XI, declinaba y sus construcciones eran devoradas por la selva, en tanto los guaicurúes seguían aferrados a su modo de vida errante entre los montes.

Los pueblos agricultores se habían organizado para decidir cómo y quién usaba la tierra y de qué manera se acumulaban y distribuían las reservas. Estas formas de vida que hoy se reconocen como notables para su época, desde las costumbres de higiene personal a la construcción de pirámides, desmienten totalmente el carácter de “culturas primitivas”. Incluso los pueblos nómades, que no acumulaban reservas ni “alardeaban” de pirámides, cubrían sus necesidades tomando de la naturaleza lo que necesitaban. En todo caso, puede decirse que las distintas sociedades humanas de la época transitaban en tiempos y ritmos diferentes... hablar de culturas “atrasadas” es seguir pensando que sólo existe un modo posible de vivir.

Tampoco Europa constituía una única realidad. Las profundas diferencias sociales hacían que la mayoría de la población estuviese continuamente castigada por la pobreza y el hambre. Los países europeos actuales estaban formándose –con grandes costos en cuanto a vidas humanas y a esfuerzos militares– y el uso de armas de fuego era un medio decisivo de dominación en las interminables guerras que enfrentaban a las monarquías europeas. También contaban

con las ventajas de progresos tecnológicos y científicos provenientes de Oriente que los ibéricos supieron utilizar muy bien durante la expansión ultramarina del siglo XV: la brújula, el timón de codaste, los cálculos matemáticos...

En el marco de esta expansión ultramarina, la conquista fue una empresa compartida por el Estado, los comerciantes y nobles “segundones” en búsqueda de riqueza y prestigio. El enorme caudal de metales preciosos –oro y, sobre todo, plata– arrancado al “nuevo” continente y la expansión de un mercado que tendía a convertirse en mundial serían el impulso fundamental del capitalismo, algo que comenzaba a avizorarse nítidamente en el horizonte.

¡TIERRA!

En la madrugada del viernes 12, desde el carajo¹ de “La Pinta”, Rodrigo de Triana, a voz en cuello, gritó: “¡Tierra!”. Nótese bien: “¡Tierra!”. No gritó: “Aquí venimos a traer la civilización”, o “pueblos hermanos, venimos a tejer lazos fraternos”. Nada de eso, gritó “¡Tierra!”, así, bien clarito. Es cierto que esos hombres habían pasado meses en un barco y que lo que más deseaban ver era un pedazo de suelo firme. Pero ese grito se convirtió en un adelanto de lo que vendría.

Los españoles agruparon a la enorme diversidad de pueblos con la cual se toparon bajo un solo rótulo, por cierto equivocado: “indios”.

De la A a la Z, sin repetir y sin soplar, vaya una lista de algunos pueblos americanos...

abipones, achuare, aymaras, apaches, araucanos, arawaks, aucas, aztecas, bayás, bororós, botocudos, caddoanes, calchaquíes, calchines, calpules, calumas, camahuas, canacos, canelos, caracarás, caracas, carajás, carapachayes, carapachos, cariacos, caribes, carios, cataubas, cayapas, cayetés, ciaguás, cocamas, cofames, comanches, comechingones, corondas, chaimas, charcas,



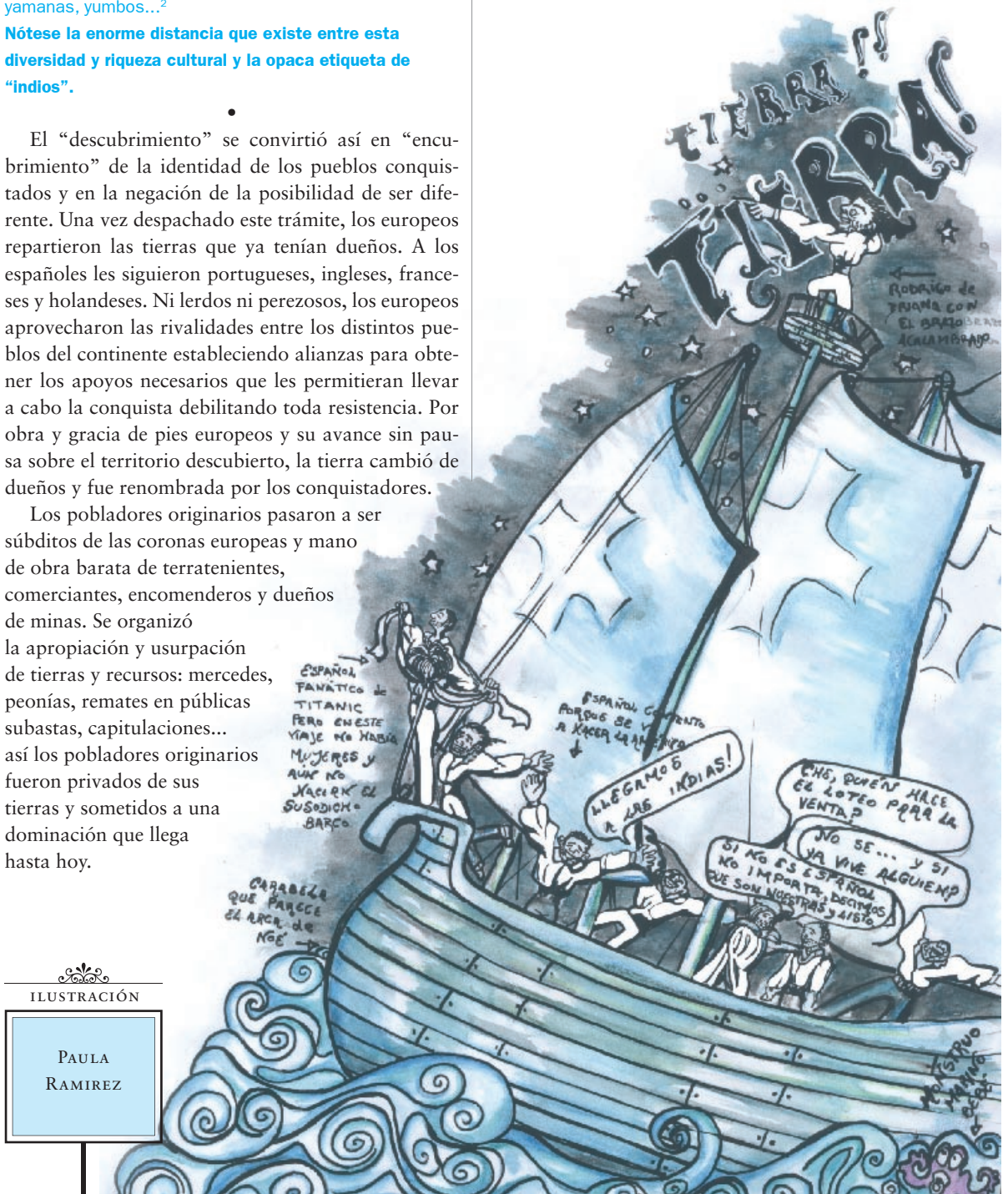
charrúas, chavanes, chibchas, chichimecos, chimúes, chiriguano, chontales, chuchumecos, chunchos, gandules, guaraníes, hopis, huaoranis, iroqueses, lacandonos, mapuches, mayas, maipures, maticos, miskitos, mochicas, nahuas, napos, navajos, omaguas, onas, orejones, otavalos, páparos, patagones, payaguas, pawnees, pueblos, puelches, puruhaes, quechuas, querandíes, quichés, quijos, quimbayás, salasacas, sanavirones, saraguros, secoyas, shoshones, shuaras, sionas, siux, taínos, tamanacos, tapúes, tetetes, tobas, toltecas, tupíes, wankas, xavantes, xokleng, yaganes, yamanas, yumbos...²

Nótese la enorme distancia que existe entre esta diversidad y riqueza cultural y la opaca etiqueta de “indios”.

El “descubrimiento” se convirtió así en “encubrimiento” de la identidad de los pueblos conquistados y en la negación de la posibilidad de ser diferente. Una vez despachado este trámite, los europeos repartieron las tierras que ya tenían dueños. A los españoles les siguieron portugueses, ingleses, franceses y holandeses. Ni lerdos ni perezosos, los europeos aprovecharon las rivalidades entre los distintos pueblos del continente estableciendo alianzas para obtener los apoyos necesarios que les permitieran llevar a cabo la conquista debilitando toda resistencia. Por obra y gracia de pies europeos y su avance sin pausa sobre el territorio descubierto, la tierra cambió de dueños y fue renombrada por los conquistadores.

Los pobladores originarios pasaron a ser súbditos de las coronas europeas y mano de obra barata de terratenientes, comerciantes, encomenderos y dueños de minas. Se organizó la apropiación y usurpación de tierras y recursos: mercedes, peonías, remates en públicas subastas, capitulaciones... así los pobladores originarios fueron privados de sus tierras y sometidos a una dominación que llega hasta hoy.

El genocidio se produjo de múltiples formas: los que no fueron directamente asesinados sufrieron los efectos de la explotación. Otros murieron a causa de enfermedades contagiosas y de los hábitos promovidos por los conquistadores, como el alcoholismo, que facilitaba la dominación. Además, el orden colonial impuesto los hizo objeto de un racismo y una discriminación que perduran hasta nuestros días.



ILUSTRACIÓN

PAULA
RAMIREZ

1. Carajo era el nombre que se le puso al espacio ubicado en la parte más alta de los mástiles de las antiguas carabelas españolas. Era una especie de canasta que servía para la observación.

2. Ansaldo, W. (2000): “Cristóbal Colón, un falso palomo: entre los equívocos y la grandeza”, en <http://catedras.fsoc.uba.ar/sociologia/udishal>; publicado originariamente por el CEFISa, Centro de Estudios Filosóficos de Salta (Argentina), Año II, Nº 1, 1992.



Pero, frente al avance a sangre y fuego de los conquistadores, creció la resistencia de los pueblos originarios. Rebeliones abiertas, movimientos mesiánicos, milenaristas, sabotajes a los trabajos forzados, escapes a la selva, no hicieron fácil el ejercicio del dominio. Mientras la conquista avanzaba, se abrió como respuesta en el continente una intensa lucha por la recuperación de la identidad, de los derechos sobre sus tierras y de las formas de ver el mundo negadas por el conquistador.

Otros pueblos, para sobrevivir, establecieron distintas formas de intercambio social y cultural con el blanco, como por ejemplo el comercio en la frontera. Así se integraron y asimilaron elementos de las diversas culturas, desde el lenguaje al uso del caballo o las técnicas de guerra, aunque siempre en el marco de las imposiciones de los “blancos”.

La identidad de los actuales americanos es fruto de varios procesos: de la violencia unificadora, de la resistencia, de la lucha por la recuperación de la memoria, del mestizaje... Como quien dice, “una de cal y otra de arena”.

¡¡¡TIERRA!!! (DE NUEVO)

Las revoluciones de independencia producidas en América a principios del siglo XIX, aunque proclamaban la igualdad, tampoco devolvieron a los pueblos originarios las tierras de las que los conquistadores europeos se habían apropiado. Por el contrario, los criollos –terratenientes y comerciantes nacidos en América– fueron partidarios de un nuevo orden que no cambiaba en nada la distribución de la tierra. Éstos –como estancieros, dueños de plantaciones y empresarios mineros–, a través de los Estados nacionales que se fueron formando durante ese mismo siglo, obtuvieron leyes que los beneficiaron con tierras y les permitieron acumular grandes fortunas con la venta de materias primas a los países europeos. De esta manera se continuó con la conquista y colonización de las tierras de los pueblos originarios para expandir la frontera productiva, en el marco de la división internacional del trabajo³. El Río de la Plata no fue la excepción: aquí también, durante los gobiernos de Juan Manuel de Rosas, se emprendieron campañas militares hacia el sur y el oeste de la provincia de Buenos

3. La división internacional del trabajo fue el resultado de la expansión capitalista de los países europeos y posteriormente de EEUU. Europa demandaba materias primas para sus industrias y alimentos para una creciente población urbana y además necesitaba mercados para vender sus productos manufacturados (vestimenta, maquinarias, etc.). De esta manera, los países industrializados impusieron una división internacional entre países productores de manufacturas y países productores de materias primas.

ILUSTRACIÓN

JORGE
SARTOR

Aires, y como si la tierra no tuviera dueños, los militares y estancieros bonaerenses “ocuparon” ese “espacio vacío” y se repartieron, entre pocos, más de nueve millones de hectáreas. Hacia 1862, después de largos años de luchas, las provincias de la Confederación Argentina se organizaron en un Estado nacional. Los grandes propietarios de tierras, que vieron en la expansión de la frontera la vía más rápida para aumentar sus ganancias, redoblaron la apuesta. Durante la presidencia de Avellaneda, Julio A. Roca –ministro de Guerra– organizó una nueva “Campaña del desierto”. Como si no abundaran “malos entendidos” y rótulos erróneos en esta historia, lo de “desierto” sumó su granito de arena a la confusión general. En realidad, la Patagonia no era ningún desierto, era tierra de araucanos (mapuches), tehuelches (aonikenk y güñün-a-küna o guenaken), onas (selk’nam), alakalufes y yámanas. Los hombres de negocios y los militares de finales del siglo XIX iniciaron la conquista de los territorios más allá del Río Colorado. Esta vez –a punta de “Remington”– se justificó la apropiación de tierras en nombre del progreso, la civilización y la Nación Argentina. De este modo, el “problema” aborigen en el Río de la Plata, al igual que en toda América, se “resolvió” eliminándolos y segregándolos, separándolos del resto de la sociedad, excluyéndolos no sólo de la tierra sino de todos los derechos sociales, políticos y culturales que los nuevos Estados nacionales reservaron para algunos grupos minoritarios de la población. Esta situación se mantuvo en el siglo XX, y aun cuando la lucha de estos pueblos originarios obligó a los Estados nacionales a otorgar determinados derechos políticos, siguieron siendo marginados social y culturalmente.



Mientras el ejército nacional luchaba en la guerra del Paraguay, Adolfo Alsina, ministro de Guerra del presidente Avellaneda, lanzó en 1876 una fuerte ofensiva contra la frontera sur indígena. Para consolidar la nueva frontera levantó una serie de fortines y ordenó cavar una zanja que evitase el arreo de ganado robado en los malones. La zanja proyectada por Alsina tenía dos metros de profundidad, tres metros de ancho y un parapeto de un metro de alto por cuatro y medio de ancho. Para mediados de 1877 ya se habían cavado 374 kilómetros. En 1878, muerto Alsina, Julio Argentino Roca, como nuevo ministro de Guerra, propuso al presidente suspender el proyecto de Alsina y lanzar una

ofensiva que “solucionase definitivamente” el “problema indígena”.

En la primavera de 1878 se realizaron las primeras incursiones desde la línea de fortines que iban de Mendoza hasta Bahía Blanca. En abril de 1879 cinco divisiones militares a cuyo frente iba Roca dieron comienzo a la llamada “Conquista del desierto”. Esta campaña contó con 6.000 hombres, 820 indígenas aliados, 7.000 caballos y 1.290 mulas.

En un lapso de seis meses se anexaron 20.000 leguas. Para 1885, cuando concluye la ocupación definitiva de la Patagonia, se habían incorporado 605.000 kilómetros cuadrados.



OTRA VEZ... ¡¡¡TIERRA!!!

Desde hace aproximadamente tres décadas existe en el país un proceso de concentración de tierras en manos de grandes propietarios de capital nacional e internacional. Se trata de una nueva conquista y colonización que se aceleró en los noventa. Pero estos nuevos conquistadores no bajan de las carabelas ni se presentan empuñando armas de fuego, lo hacen con dólares frescos en las manos que reemplazan a los antiguos “espejitos de colores”, y aprovechan así las necesidades de productores empobrecidos, dueños de pequeñas y medianas explotaciones, la debilidad de las comunidades aborígenes y la permisividad de un Estado cómplice con las políticas neoliberales.

El grado de concentración de tierras queda en evidencia cuando se conocen algunos datos. Por ejemplo, el empresario textil italiano Luciano Benetton posee más de 900.000 hectáreas en diferentes partes del país; el grupo Cresud, cuyo principal accionista es el húngaro George Soros, es propietario de 468.000 hectáreas (115.000 están ubicadas en la región pampeana); Bunge y Born es dueña de un total de 260.000 hectáreas (110.000 se encuentran en la

provincia de Buenos Aires); Amalia Lacroze de Foratabat posee 220.000 hectáreas⁴. A esta lista se agregan otros grandes empresarios extranjeros como son los norteamericanos Douglas Tompkins (propietario de 630.000 hectáreas en Chile y 270.000 en Argentina); Ted Turner (dueño de casi 50.000 hectáreas en el sur argentino) y el inglés Joseph “Joe” Lewis (que posee 14.000 hectáreas en Lago Escondido y domina la cuenca del Río Azul). Según un informe de la Revista *Veintitrés*, el 10% del territorio nacional está en manos extranjeras y 32.000.000 de hectáreas de tierras cultivables del país están en venta o en proceso de ser vendidas a inversores extranjeros⁵.

En muchas de estas grandes propiedades hay cursos de ríos, esteros, lagos y caminos. En la Patagonia argentina los habitantes de la región no pueden acce-

4. Datos extraídos del artículo “Hambre en el país de la tierra” de Latorraca, M.; Martínez M. y Montero, H. en *Le Monde Diplomatique* N° 62, Buenos Aires, agosto de 2004.

5. Revista *Veintitrés* N° 429, Buenos Aires, 14 de septiembre de 2006.



der a los cursos de agua que son del Estado porque estos nuevos dueños de la tierra prohíben el paso con el argumento de que son propiedades privadas. Es decir, se produce una privatización de la tierra y de los recursos naturales, lo que implica una pérdida de soberanía sobre los reservorios de agua dulce que se encuentran a lo largo y ancho del país.

Mientras los capitales extranjeros se adueñan de enormes extensiones, las sembradoras y trilladoras de soja avanzan sobre tierras que antes se dedicaban a otros cultivos. Las grandes ganancias que permite obtener la producción y comercialización de la soja conducen al país a transformarse en un productor del monocultivo. Esto quiere decir que todas las tierras potencialmente productivas e comienzan a estar al servicio exclusivo de la soja, que enriquece a un puñado de grandes productores, exportadores y a las multinacionales del negocio de los transgénicos, y empobrece el suelo y a miles de argentinos. La colonización de tierra en Argentina hoy tiene nombre de soja, y la pobreza también.

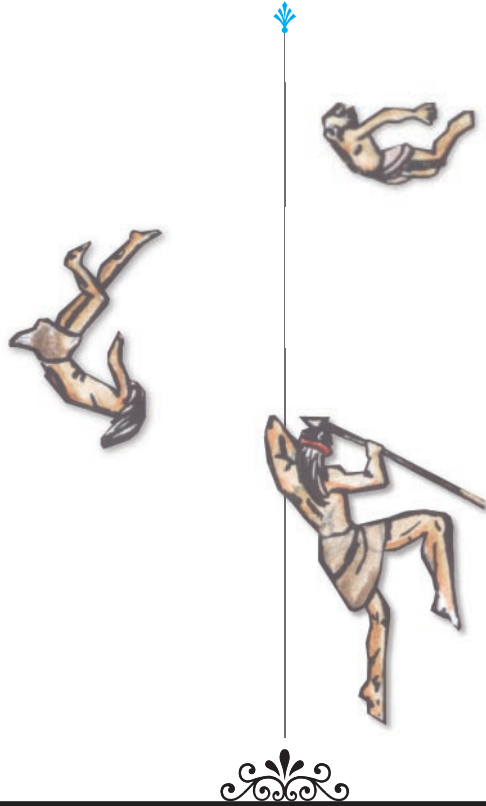
Este breve recorrido por la Historia que iniciamos

el 11 de octubre de 1492 pretendió recuperar el proceso silencioso de apropiación de tierras realizado a costa de los pueblos originarios durante estos 514 años. Una historia de dominación que también implicó resistencia. Una resistencia que desde aquel 12 de octubre comenzó a construirse y que continúa hasta nuestros días a través de la lucha que entablan muchos aborígenes en toda Latinoamérica por la recuperación de sus derechos sobre aquellas tierras arrebatadas. Pero ya no son sólo los pueblos originarios los que ven perder sus tierras. A ellos se suman pequeños y medianos productores no aborígenes que, a partir de múltiples presiones, se ven obligados a vender sus tierras y/o abandonarlas.

Ésta es una historia que todavía está escribiéndose y nos reclama como protagonistas. Depende de ustedes y de nosotros.

ILUSTRACIÓN





PARA SEGUIR LEYENDO

- ANSALDI, W. (2000): *Cristóbal Colón, un falso palomo: entre los equívocos y la grandeza*, en <http://catedras.fsoc.uba.ar/sociologia/udishal>; publicado originariamente por el CEFISA, Centro de Estudios Filosóficos de Salta (Argentina), Año II, N° 1, 1992.
- ANSALDI, W. (1989): “La nostalgia de la beata por la virginidad no perdida. A propósito del quinto centenario de un (des) encuentro”, en *David y Goliath*, Año XVIII, N° 54 (CLACSO).
- BANDIERI, SUSANA (2000): “Ampliando las fronteras: La ocupación de la Patagonia”, en *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, tomo V. Buenos Aires, Sudamericana.
- GALEANO, EDUARDO (1993): *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- MANDRINI, RAÚL (1983): *Historia Testimonial Argentina. Documentos vivos de nuestro pasado. Argentina indígena*, Buenos Aires, CEAL.
- OSZLAK, OSCAR (1999): *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*. Buenos Aires, Planeta.
- TODOROV, TZVETAN (2003): *La conquista de América. El problema del otro*. Buenos Aires, Siglo XXI.



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

Rector

Mario D. Barletta

Secretario de Extensión

Alejandro Boscarol

Director Centro de Publicaciones

José Luis Volpogni



© ediciones **UNL**

Secretaría de Extensión,
Universidad Nacional del Litoral,
Santa Fe, Argentina, 2006.

9 de julio 3563, cp. 3000,
editorial@unl.edu.ar

www.unl.edu.ar/editorial

Esta serie de fascículos se enmarca en el Área de Promoción de la Lectura de la UNL.

Corrección: Laura Prati
Diseño de colección: a|estudio
Coordinación editorial: Ivana Tosti

SBN ISBN-10: 987-508-681-9
ISBN-13: 978-987-508-681-4

© Esther Pavetto, 2006